

do en colocar este artículo, porque reconozco con gusto que en ellas no hay ese fondo de frivolidad que les imputan escritores injustos, y ojalá que persuadidas del placer y del consuelo que proporciona la lectura se dediquen á ella para admirar los ejemplos de virtud que presenta la historia, para conocer las obras de la naturaleza y el poder de Dios que la anima, para amar y cultivar las bellas artes, y para participar del entusiasmo de los poetas más esclarecidos.

La lectura para los espíritus que no son vulgares es siempre fuente de profundas reflexiones, y el corazón se conmueve y el alma se eleva al contemplar los prodigios de la escritura, de la imprenta y de la lectura, medios asombrosos de poner en comunicacion á los hombres todos y de cimentar la fraternidad universal.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

## LA LÁMPARA DEL ALTAR.

No hay tisú, no hay pedrería,  
No hay aroma, no hay mantel,  
Ni la lámpara que ardia  
Ante el Santo de Israel  
De noche como de día.  
No hay ara, no hay devoción,  
No hay patena para el pan,  
No hay cáliz de redención,  
Los que llegan no se van  
Con la santa bendición.

AROLAS.

### I.

Por detras de un antiguo monasterio,  
En cuyas torres góticas apenas  
Nocturnas aves hallan refrigerio  
Entre aquellas altísimas almenas,  
De la tétrica noche en el misterio  
Mientras las horas al rodar serenas  
Se llevan la oracion de un hombre triste  
Que en las ruinas de aquel templo ecsiste,

## II.

Corre un arroyo cuya linfa pura  
Besando va la flor de las orillas,  
Que entre el césped que esmalta la llanura  
Rompe al venir la aurora sus hojillas,  
En tanto, el aura al susurrar procura  
Despertar á las tiernas avecillas  
Que durmiendo en su nido blandamente  
La luz dorada esperan del oriente.

## III.

Se dilata entre juncias y jazmines  
Muy mas allá del derruido muro,  
Lame de una colina los confines  
Y entre las guijas de peñasco duro  
Cruza unos campos ávidos y ruines  
Un bosque atravesando triste, oscuro,  
A dó el silbido que repite el eco  
Del viento se oye entre el peñasco hueco.

## IV.

Lleva sus aguas murmurando, léjos  
Hasta perderse á orillas de un torrente  
Do ya del sol los nítidos reflejos;  
Ya la luz que la luna blandamente  
Envía á quebrar á sus espejos,  
Presentan á la vista sorprendente  
Un cuadro tan hermoso ó tan sublime,  
Que de placer el corazon se oprime.

## V.

Allí una noche en el zenit del cielo  
Sirio brillaba con su luz fulgente  
Y ya la luna tras cerúleo velo  
Declinando bajaba al occidente,  
Cuando á orillas del río sobre el suelo  
Sentada una muger, como un torrente  
Derramaban de lágrimas sus ojos,  
Y bajaba á mojar sus labios rojos.

## VI.

Era tan bella cual la luna pura  
Que tras el monte altivo se perdía,  
Dejando envuelta entre la sombra oscura  
Al mundo criminal que se dormía,  
Mientras que aquella vírgen de ternura,  
Las aguas con su llanto confundía  
Esperando la luz del alba, aurora  
Que la alta cumbre de los montes dora.

## VII.

Era una vírgen que el hogar paterno  
Abandonado había, porque ardiente  
La abrasaba el amor con fuego eterno  
Que la quemaba su tranquila frente:  
Era una vírgen cuyo acento tierno,  
La pasion revelaba de su mente  
Y arrebatada en su voraz ensueño,  
Buscaba de su amor al tierno dueño.

## VIII.

“¿Será verdad, decía, que me olvida,  
 Que busca léjos del placer profano  
 En la paz religiosa dulce vida  
 Alivio grato del amor insano?  
 ¿Estará en su alma consumida  
 La pasión inmortal? Nereo, en vano  
 Huyes de quien te adora con el alma,  
 Yo seguiré tus huellas en la calma.

## IX.

“He abandonado por tu amor el techo  
 Que abrigo diera á mi feliz infancia,  
 He roto por tu amor el nudo estrecho  
 Del amor paternal, por mi constancia,  
 Porque palpita con poder mi pecho,  
 Porque te amo, Nereo, y tu inconstancia  
 No me puede apartar de tí, bien mío;  
 Huyes, pero te llevas mi albedrío.

## X.

“Yo no puedo vivir sin ver tus ojos,  
 Sin contemplar tu levantada frente,  
 Sin oír las voces de tus labios rojos  
 Que el fuego espresan de tu amor ardiente:  
 Sin tí, son para mí duros abrojos  
 Las flores de los campos; el ambiente  
 Me oprime, me sofoca: ven, Nereo,  
 ¿A donde estás que tu mirar no veo?”

## XI.

Así la vírgen con dolor clamaba  
 Y su eco en el aire se perdía,  
 Ella dó quier oscuridad miraba  
 Porque la luna abandonado había  
 El hemisferio, en tanto contemplaba  
 El oscuro lugar en que yacía,  
 Al derramar su llanto la doncella  
 Que al cielo levantaba su querella.

## XII.

Y súbito, del templo en la ruina,  
 El timbre resonó de una campana,  
 Y el interior del templo se ilumina  
 Al escuchar el eco, una ventana  
 Se iluminó en la torre, y peregrina  
 Una voz se escuchó cantando ufana,  
 Y repitieron de esa voz tan pura  
 Los ecos, el arroyo y la espesura.

## XIII.

Y resonaron en el prado ameno,  
 Y el peñasco, y el viento allá en la altura  
 Con ese acento de virtud, sereno,  
 Y se llenaron de mortal pavora  
 Los oídos tristes y el convulso seno  
 De la vírgen, nublóse su hermosura  
 Y por dó quier incierta revolvía  
 Sus ojos que hácia el templo dirigía.

## XIV.

Cubrió el pavor, de la gentil doncella  
 La frente dolorida en un momento,  
 Mas recobrando su energía, ella  
 Quiso escuchar el eco de ese acento,  
 Mas se calló la lánguida querella  
 Al divagarse en el nocturno viento;  
 Solo la luz del templo se opacaba  
 Como que de esos sitios se alejaba.

## XV.

“¡Oh Dios! si en ese asilo solitario  
 La paz hallara que mi pecho anhela,  
 Si en medio del silencio funerario  
 Algun sublime espíritu revuela,  
 Porque es de Dios, benéfico el sagrario,  
 Esa mansion en dó la paz se vela....”  
 Dijo la vírgen al mirar las luces  
 Perderse de las torres en las cruces.

## XVI.

“Allí volara yo, tal vez mi llanto  
 Dejara de correr, y el alma mia  
 Consuelo hallara á su fatal quebranto,  
 Alivio dulce á la congoja impía  
 Con que me acosa el cruel desencanto  
 De aquella gloria que mi dicha hacía,  
 Y al levantar mis ecos hasta el cielo  
 Tuviera libertad, paz y consuelo.”

## XVII.

Mas cual si hubiera á su alma que lloraba  
 Un recuerdo bajado repentino,  
 Se levantó del sitio en que esperaba  
 El rayo del lucero matutino,  
 Y sus pasos al templo encaminaba,  
 De ver ansiosa el fin de su destino.  
 Dijo, y al templo dirigió su huella  
 Llena de aliento la gentil doncella.

## XVIII.

Por una calle de árboles copados  
 Iba el sendero del derruido muro  
 Dó se oyeron los ecos prolongados  
 De aquella voz de paz, que entre el oscuro  
 Silencio de la noche, estasiados  
 Los sentidos dejó y el pecho puro  
 Hizo latir de la amorosa Elena  
 Que á Nereo buscaba de amor llena.

## XIX.

Nada en torno parece que vivía  
 De la amorosa Elena, y presurosa  
 Sus pasos hácia el templo dirigía  
 En pos de aquella imágen venturosa  
 Que dó quiera su mente perseguía,  
 Ya en medio de la noche silenciosa,  
 Ya á la luz purpurina de la aurora  
 Que en la campiña al tulipan colora.

## XX.

Al acercarse al templo, palpitante  
Sintió su corazón, y sus rodillas  
Trémulas vacilaron un instante,  
Se detuvo, y sintió por sus mejillas  
Lento correr el llanto, y anhelante,  
Buscaba con la vista á las orillas  
Del fin de aquel camino y vió dos cruces  
Al pié de dos altísimos saúces.

## XXI.

En medio al frente del camino umbrío,  
De aquel templo mirábase la puerta;  
Mas ántes de llegar, de mármol frío  
Sobre la tierra, sepultura yerta  
Parece demandaba un himno pío  
Al mortal que llegase á esa desierta  
Mansion de Dios adonde no resuena  
El grito bacanal que el mundo llena.

## XXII.

Cual si una voz del fondo de su pecho  
Hubiese dicho á Elena solitaria,  
Que allí al mirar de eternidad el lecho  
Elevase una mística plegaria,  
Sintió la bella el corazón estrecho  
Y junto de la losa funeraria  
Llena de fé, se puso de rodillas,  
Y humedeció con llanto sus mejillas.

## XXIII.

“Un momento el descanso tranquilo,  
Dios que velas al mundo que gime,  
Da al pecho infeliz que se oprime,  
Porque preso le tiene el dolor;  
Calma, calma te pido, Dios mío,  
Un momento te pido de calma,  
Y despues arrebatá mi alma  
Que se eleve á tu trono, Señor.

## XXIV.

“Tú que ves cuando el mundo se duerme,  
Como llora el mortal que se agita,  
Porque siente que el pecho palpita  
Al recuerdo del férvido amor,  
Envía un rayo de fuego divino  
A la mente que anhela el contento,  
Y mi alma despues á tu acento  
Que se eleve á tu trono, Señor.

## XXV.

“Este llanto que moja las tumbas  
Que mi planta profana ha pisado,  
Es el llanto de un pecho agitado  
Porque siente fatal el dolor.  
Este acento que elevo en la brisa  
Y que pasa á la estrella brillante,  
Te demanda que mi alma al instante  
A tu trono se eleve, Señor.

## XXVI.

“Oye, Dios de la paz, mis suspiros;  
 Oye, Dios del mortal, la querella  
 Que á tí eleva esta pobre doncella,  
 Que se enciende en el fuego de amor.  
 Haz que encuentre la paz un momento,  
 Y despues que disfrute la calma  
 Arrebata en la paz á mi alma  
 Que á tu trono se eleve, Señor.”

## XXVII.

Despues que al cielo levantó ferviente  
 Esa oracion que el corazon dictaba,  
 Ya pudo Elena levantar la frente  
 Y pasos firmes de confianza daba;  
 Besó el pié de una cruz con labio ardiente  
 Y á la puerta del templo caminaba,  
 Llegó y la oscura y magestuosa puerta  
 Estaba al paso del mortal abierta.

## XXVIII.

Llena de fé, de amor, de valentía,  
 Penetró entre la sombra misteriosa  
 Aquella vírgen que de amor ardía,  
 Que en busca de su amante presurosa,  
 En medio de la noche se perdía,  
 Y profanaba la mansion dichosa,  
 Donde no se oye el eco que resuena  
 Del grito bacanal que el mundo llena.

## XXIX.

Pasó una nave de aquel sitio augusto,  
 Cruzando entre las tumbas de los muertos,  
 Y palpitando de terror y susto  
 Vacilaba á momentos; pero inciertos  
 Dó quier los ojos la mansion del justo  
 Miraban, y de lágrimas cubiertos  
 Dó quier oscuridad solo veían,  
 Y en la sombra indecisos se perdían.

## XXX.

Pasó un momento y el terror pasando  
 Sentía el pecho palpar, repente  
 Divisó sobre el ara vacilando  
 Una lámpara humilde, mas luciente,  
 Que estaba en el santuario derramando  
 Luz misteriosa, emblema de la ardiente  
 Fé que al cristiano en la desgracia alumbra  
 Y mas allá de lo mortal lo encumbra.

## XXXI.

Miraba aquel solemne y misterioso  
 Lugar de paz, de dicha, de esperanza,  
 Cuando escuchó á lo léjos armonioso  
 De religion el himno de alabanza,  
 Y palpité su pecho silencioso  
 De una manera que el mortal no alcanza;  
 Y sin sentir, se puso de rodillas  
 Y el llanto descendió por sus megillas.

## XXXII.

Poco á poco, la voz iba aumentando  
 Y con mas claridad se distinguía,  
 Llegó por fin un monge, y colocando  
 Una cruz santa sobre el ara fría  
 Cesó su canto ante el altar; orando  
 Quedó un momento, en tanto que mecía  
 En su mano, sencillo un incensario  
 Que extendía una nube en el santuario.

## XXXIII.

Mientras Elena sollozaba, el santo  
 Avivaba la lámpara que ardía,  
 Y en medio del silencio sacrosanto  
 Los gemidos de Elena distinguía,  
 Que ya aumentaba su inocente llanto  
 Al contemplar la escena que veía;  
 Mas el monge con voz pura y sonora,  
 Lleno de fé exclamó: "¿Quién aquí llora?"

## XXXIV.

"¿Quién á este sitio de la paz sagrario  
 Ha osado penetrar con planta impura,  
 Y en medio del silencio funerario  
 Entre la sombra de la noche oscura  
 Interrumpe los himnos del santuario  
 Que en el silencio vuelan á la altura?  
 ¿Quién es, quién es? Si busca algun asilo,  
 Aquí de paz le encontrará tranquilo.

## XXXV.

"Mas si en su mente cruza un pensamiento  
 Profano, y al santuario se ha atrevido  
 A penetrar, que salga en el momento,  
 Que el camino le guíe que le ha traído;  
 Responda, que mi voz es el acento  
 De un amigo ó de un juez: yo su gemido  
 Aliviaré de un pecador que llora  
 Si del Eterno la piedad implora."

## XXXVI.

"Piedad . . . piedad" . . . con voz que se esforzaba  
 Elena dijo: "una muger amante  
 Soy que el objeto de mi amor buscaba.  
 Ministro del Señor, si algun instante  
 Habeis sufrido como yo, si amaba  
 Alguna vez vuestra alma, delirante . . . . .  
 Perdonadme, Señor . . . piedad . . . os pido . . .  
 El aliento y las fuerzas he perdido."

## XXXVII.

"¿Y te atreves, profana, bajo el velo  
 Del templo del Señor, con voz impía  
 Ante el ara sagrada con anhelo  
 Prorumpir con amante melodía  
 Y declararte? . . . Te perdona el cielo,  
 Sí . . . te perdona . . . pero sal . . . que el día  
 Te encuentre fuera del asilo augusto  
 Dó solo habita el corazon del justo."